



Capítulo 1

La noche era fría, el viento soplaba a rachas desde uno y otro lado y hacía difícil caminar. Aunque llevaba su mejor abrigo, tuvo que cruzar los brazos para sentirse algo más resguardado. Hacía frío, sí, pero no era normal que hiciera tanto frío.

Eran cerca de las dos de la mañana, pero aquella ciudad nunca dormía. Las calles estaban aún llenas de gente y había casi tantos coches como una mañana cualquiera. Además, era viernes y para muchos la diversión acababa de empezar.

Agradecía que su casa no estuviera lejos del restaurante. Con aquel frío, el viento y el mareo de las copas de más, estaba deseando llegar y dormir. Estaba agotado, las cenas de empresa siempre le dejaban harto, aunque fueran para celebrar una buena venta.

Caminaba sin prestar mucha atención, más preocupado de andar recto que de fijarse en lo que sucedía a su alrededor. Dejó la avenida de Broadway y giró por una calle estrecha. Las farolas iluminaban la acera y había luces encendidas en algunas casas. El ruido que llegaba de la avenida enmudecía a medida que se alejaba, y se iba encontrando mejor cuanto más silencio había,

aunque la cabeza no iba a dejar de darle vueltas hasta que cerrara los ojos en su cómoda cama.

Estaba casi al final de la calle cuando tras él, demasiado cerca, escuchó algo, como un susurro. Sin poder evitarlo, con un escalofrío recorriéndole todo el cuerpo, se giró para mirar, pero no vio a nadie. Aun así, apretó el paso.

No había dado dos pasos cuando lo escuchó de nuevo... Alguien había susurrado su nombre. Comenzó a andar más y más deprisa, pero sin atreverse a correr. Las piernas le temblaban y sentía cómo sudaba debajo del abrigo. Su mente hervía de preguntas, de miedos. ¿Caminar para fingir que no tenía miedo o correr para escapar? Solo tenía que llegar a la esquina y estaría a salvo. ¿De verdad había oído su nombre? Quizá lo había imaginado y estaba haciendo el tonto. ¿Debía mirar atrás? Se giró y allí seguía sin haber nadie. Sin darse cuenta, redujo el paso. Se sintió estúpido, el vino de la cena le había jugado una mala pasada.

Y entonces sucedió. Todo fue muy rápido. Estaba pasando junto a un callejón entre dos edificios. Una mano le agarró fuertemente un hombro desde atrás y lo empujó dentro de la callejuela. El alcohol y el miedo resucitado le hicieron resbalar y tropezarse. Dio con la espalda en la húmeda pared de ladrillo y cayó sentado en el suelo.

Las farolas de la calle solo iluminaban la entrada del callejón, pero era bastante luz para ver al hombre que se erguía delante de él. Llevaba un largo abrigo raído y tenía el pelo largo y enmarañado. Algo brilló, y se dio cuenta de que llevaba una navaja en una mano que temblaba demasiado. Era un yonqui, pensó.

—Vamos —le dijo el extraño, con voz congestionada, mientras le apremiaba con la mano libre—. Dámelo todo... O te clavo.

Estaba aterrado. Su mente iba tan rápida que le daba tiempo incluso de sorprenderse por estar pensando tantas cosas: nadie sabía que él estaba allí, aquel tipo iba a matarle y tan solo deseaba darle todo lo más rápido posible para salvar el pellejo.

Allí, tirado en el suelo, metió las manos en los bolsillos, buscando frenéticamente todo lo que llevara encima. Sin tratar de levantarse, para no provocar al tipo, extendió una mano con la cartera y la otra con el móvil, pero ante sus ojos el hombre desapareció, como si algo tirara de él hacia atrás, hacia el fondo del callejón, donde todo estaba a oscuras.

Se quedó quieto, asustado, con las dos manos en alto y mirando a la oscuridad. Se hizo un silencio profundo, roto solo por el latir de su corazón desbocado. ¿Qué debía hacer?, ¿levantarse o quedarse allí encogido?

Entonces, de la oscuridad salió una figura. No era la del vagabundo, era más pequeña. Estaba todavía entre sombras, pero resultaba evidente que era una mujer... Una mujer que le había salvado. Caminó hasta él y le tendió una mano. Estaba tan contento de seguir vivo que ni se preguntó de dónde había salido. Se guardó, todavía nervioso, las cosas en el abrigo y cogió la mano que le tendían.

—Al final he tenido que acabar con él —dijo la mujer con una voz desprovista de tono—. Pero ya está.

—Gracias, muchísimas gracias... Dios... Me ha salvado la vida —agradeció él, mientras se incorporaba, casi con lágrimas en los ojos.

Eufórico como estaba no se había dado cuenta de las palabras de la mujer, pero cuando se percató de lo frío y distante de su tono, recapacitó. No le había preguntado qué tal estaba ni nada así, solo parecía que la hubieran entretenido.

Se fijó más en ella y la mujer, como si le correspondiera, inclinó la cabeza hacia delante y la luz iluminó su rostro. Él se quedó helado, clavado allí de pie, con sus manos todavía cogidas. No podía apartar la mirada de aquellos ojos. Eran unos ojos imposibles. Eran los ojos de la muerte. Pero lo que realmente le aterró fue saber que había visto antes a aquella mujer, en la calle. Las dos veces que se había girado para mirar atrás, ella había estado allí, mirándole, justo pegada a su espalda. Era como si sus ojos la hubieran visto pero su mente la hubiera borrado de la escena... Hasta ahora.

Con un rápido movimiento la mujer le retorció la muñeca y le hizo girarse sobre sí mismo. De su garganta escapó un grito agudo al sentir cómo los huesos del antebrazo se partían. Cayó de rodillas al suelo, con ella de pie tras él, tirando de su brazo roto.

—Creías que te ibas a librar —le dijo con aquella voz desprovista de emoción.

—No, por favor, no me haga daño. Gogh... —La mujer le giró la muñeca hasta que el dolor le hizo llorar.

—Es curioso que digas eso —dijo ella con voz calmada—, porque debe ser casi lo mismo que te dice tu hijo cuando le pegas.

—¿Qué...? ¿Qué dice? No sé d... , de qué me habla —Su voz se perdía entre estertores de dolor.

—No te esfuerces. Lo sé todo. No vine aquí por ese vagabundo... Te buscaba a ti. Me ha costado encontrarte más de lo que quisiera, pero ahora tu mujer y tu hijo podrán estar tranquilos.

—Está loca... Agghh... —Otro giro de muñeca—. Yo no..., yo no he hecho nada de eso.

—Te he dicho que no te esfuerces. ¿Pero por qué os empeñáis todos en mentirme? ¿Crees que no sé quién eres? ¿Crees que no

te he seguido estos tres meses y he visto cómo eres? ¿Crees que no he vigilado a tu esposa y a tu hijo? ¿Que no he visto lo que les haces? Bah, tengo mucho que hacer esta noche. No perderé más el tiempo contigo.

—¿Qué va a hacer? —dijo él entre lágrimas.

Un destello pasó por delante de sus ojos llorosos. Cuando quiso darse cuenta y supo que era un cuchillo, ya podía sentir su filo apoyado en la garganta.

—Zorra... —la insultó, fue lo único que se le ocurrió hacer, mientras sentía el metal clavarse en su garganta.

—Sí, eso es lo último que suelen decirme.

Después ya no sintió nada.

La luminosa y saturada avenida de Broadway había quedado varias manzanas atrás. La mujer caminaba por una zona más oscura y tranquila. Repasaba mentalmente su lista de aquella noche. Aún tenía que visitar a algunas personas más.

Acababa de decidir su próximo destino, mientras pasaba por una calle familiar, y por costumbre miró hacia un edificio de cuatro plantas, donde vio algo que no esperaba ver. En una ventana del último piso había una luz encendida. Nada sorprendente si no fuera porque esa casa llevaba vacía bastante tiempo. Cruzó de acera... Su siguiente visita podía esperar un poco.



El apartamento estaba vacío, aunque sería más apropiado decir que estaba deshabitado. Nada se había movido allí en doce meses.

Debían ser al menos las dos de la madrugada, cuando de la nada, en medio del salón, una mano surgió flotando en el aire.

Al instante, como si alguien cruzara un telón, surgió el brazo y una cabeza de melena castaña y barba poblada. De pronto había allí un hombre, con un largo abrigo gris y una mochila de tela.

Con cara cansada y ojerosa, alzó la vista y miró a su alrededor. En aquella oscuridad se sintió totalmente desorientado.

«Espero que sea mi casa...», pensó mientras dejaba la mochila en el suelo y buscaba algún interruptor. Cuando pudo dar la luz, se esforzó por recordar si esos muebles eran los suyos. Poco a poco empezó a reconocerlos. La estantería repleta de libros y el pequeño televisor. A su derecha, una mesa y un par de sillas, y más allá, la cocina y el baño.

Se dejó caer en el sofá a su espalda, cubierto como todo por una capa de polvo. Estaba tan cansado que no creía que pudiera levantarse jamás de allí.

«Ya limpiaré mañana», se disculpó a sí mismo.

Cerró los ojos y sintió punzadas en todos lados. Se centró en la respiración, tratando de no pensar en el dolor, y no habían pasado un par de minutos cuando se quedó dormido.

Algo le hizo despertar. Se encontraba bastante mejor, el cuerpo ya apenas le molestaba. No tuvo que esforzarse en saber qué pasaba.

Tres suaves golpes sonaron en la ventana.

Tres suaves golpes que sonaron profundamente familiares.

Extrañado, se volvió y corrió la cortina. Al otro lado del cristal encontró a una mujer encaramada en cuclillas, sobre las puntas de los pies, a la pequeña piedra del alféizar. A pesar de no reconocerla y de lo extraño de la escena, no se sorprendió.

No dudó en abrir la ventana.

La mujer, con un movimiento grácil, pasó al salón. Tenía poco más de treinta años. Era solo un poco más baja que él, con el pelo corto y alborotado, de un intenso negro, como su jersey, de cuello tan amplio que le caía por un hombro. Aquello contrastaba con su piel, literalmente blanca.

Pero lo más llamativo eran sus ojos. Donde debieran ser blancos eran también negros como la noche, mientras que sus iris y pupilas eran blancos.

Iba a preguntarle cómo había llegado hasta allí, pero ella no le dio tiempo.

—Bienvenido a casa, Jack —le saludó—. Vaya melena tienes, casi no pareces tú. —Y le pasó una mano por el pelo—. De verdad, Jack, no sabes cuánto me alegro de que hayas vuelto. Empezaba a preocuparme de verdad.

Aunque trataba de ser amable, la voz de la mujer le sonó fría, distante, como si hubiera aprendido lo que tenía que decir y lo recitara de memoria. Y al hablar, vio que, salvo sus dientes como la nieve, todo en su boca era oscuro como el carbón.

Y a pesar de todo, él no podía sorprenderse excepto por otra cosa. Ella le había llamado...

—Jack... —murmuró—. ¿Ese soy yo?

—Por Inaéle, Jack. ¿Has olvidado quién eres? —Se suponía que estaba mostrando sorpresa—. Entonces tampoco sabes quién soy yo.

—No, la verdad es que no te recuerdo.

—Has estado mucho tiempo en el Mundo Espiritual, Jack. —En su falta de tono tendría que haber reproche. La mujer le apartó

el flequillo y estudió un momento sus ojos—. No, realmente no pareces tú, tu mirada... Deberías haber vuelto antes.



—¿Vuelto?, ¿del Mundo Espiritual? La verdad es que no sé de qué me hablas.

—Es normal, ya ha pasado un año desde que te fuiste. Es demasiado tiempo para cualquiera, incluso para ti. Dime, ¿lo has olvidado todo?, ¿no hay nada que recuerdes?

—Bueno, sé que esta es mi casa. Pero vamos a sentarnos, que estamos aquí de pie sin necesidad.

—No hace falta. No voy a quedarme, tengo cosas que hacer antes de que amanezca. He de visitar a algunas personas. Tan solo he venido porque vi la luz dada y quería saber si eras tú o se habían colado en tu casa.

—Gracias por preocuparte.

—No es molestia. Espero que te recuperes pronto... Es inútil preguntártelo, pero ¿tampoco puedes decirme si encontraste lo que buscabas?

—Bueno, ni siquiera sabía que me había marchado para buscar nada. —Jack estaba empezando a desesperarse, a preocuparse por recuperar su memoria. Debía notársele mucho porque rápidamente ella quiso tranquilizarle.

—No es nada extraño lo que te pasa, es la Ruptura —le dijo con voz calmada, y él la miró sin comprender—. Jack, somos seres de Espíritu y Materia. Si pasamos demasiado tiempo en un Mundo, terminamos por olvidar el otro. Al final la mente se vacía de todo recuerdo para romper con el pasado y comenzar de cero. Eso es la Ruptura. Pero si has tenido voluntad suficiente para volver, es que no va a pasarte nada. Antes o después volverás a ser quien eras.

Jack se quedó callado, pensando en esas palabras, «ruptura», «seres de materia y espíritu».

Todo le resultaba demasiado familiar. Sabía que aquella era la verdad.

Acababa de ver entrar por la ventana de un cuarto piso a una mujer, como si flotara con la brisa; y no le extrañaba lo más mínimo.

—¿Tú sabes para qué me fui? —Necesitaba alguna respuesta que le aclarase las ideas.

—Sí, pero será más útil que lo recuerdes tú mismo. Ahora debo marcharme. No tengo mucho tiempo —le contestó la mujer mientras se encaramaba de nuevo al alféizar.

—Al menos dime tu nombre.

—No, eso tampoco ayudaría. —Y en aquella voz impasible, Jack creyó notar pena. La mujer le dio la espalda, preparada para saltar, y sin volverse a mirarle, dijo—: Cuando me recuerdes, si quieres, búscame. Si no, ya te encontraré yo. —Y saltó.

Jack ni siquiera se asomó para mirar, cerró la ventana y se sentó en el sofá. Si antes se sentía desorientado, confundido, ahora estaba frustrado. Dejó caer la cabeza hacia atrás.

Pasó un buen rato así, con los ojos cerrados, tratando de encontrar algún recuerdo, algo desde lo que empezar. Su conversación con la mujer solo había servido para despertarle más dudas, y ahora, cuanto más pensaba en ello, más se agobiaba.

Se había marchado hacía un año, pero ¿a dónde?, ¿a buscar qué?, ¿lo había encontrado?, ¿por qué había vuelto?

«Esto es desesperante», pensó. «Tiene que haber algo por aquí que me sirva».

Su vista fue pasando por todo el salón, hasta posarse en la mochila. Sin levantarse, se inclinó hacia un lado para cogerla. Dentro había al menos diez bolsas de tela, unas pequeñas y otras más grandes, había también una daga en su vaina y un libro. Ninguna de aquellas cosas le resultaba familiar.

Optó primero por el libro, de tapas negras y solo un palmo de largo. Nada más abrirlo, en su primera página había un dibujo, la palma de una mano, con un extraño símbolo escrito en su centro.

Un resorte saltó en su cabeza. Un viejo mal hábito se despertó. La curiosidad empezó a guiar su mano izquierda hasta ponerla sobre el dibujo.

Encajaba. Era su propia palma. Pero cuando quiso retirarla, estaba pegada. Un rápido hormigueo empezó a subir hasta el hombro, y de ahí se extendió a todo el cuerpo. La sensación se intensificó y comenzó a sentir calor, mucho calor. Su vista se nubló.

El salón comenzó a oscurecerse, mientras un zumbido bajo, lejano, llegaba a sus oídos e iba subiendo de volumen. Unas luces surgieron en la negrura y crecieron hasta ocuparlo todo, mientras

aquel zumbido le martilleaba la cabeza. De repente, un fuerte espasmo le sacudió. La luz desapareció y el zumbido cesó.

Cientos de miles de imágenes y escenas comenzaron a fluir ante sus ojos, al tiempo que llegaban olores a su nariz, sabores a su boca, ecos a sus oídos y sensaciones que acariciaron su piel. Todo pareció fundirse en una luz cálida, como el sol al atardecer, y de pronto terminó.

Su mano ya no estaba sobre el dibujo y al mirar a su alrededor se dio cuenta de que, salvo los últimos días de su viaje, lo recordaba todo, como si nada hubiera pasado, como si nunca se hubiera marchado. La niebla en torno a su mente se había disipado. Todo estaba por fin claro. Su partida, su viaje, su búsqueda... Y su fracaso.

La amnesia había traído desesperación. La memoria trajo la tristeza.

Eso es lo que era.

Un Despertado.